

partero” y la mucho más importante serie “Revolutionary Spain” en nueve artículos. De esta serie sólo se conocían ocho artículos hasta la edición de la nueva **MEGA**. El noveno apareció en el tomo I/13, en 1985, editado también por Neuhaus y su equipo, aunque no figure él, sino los Institutos de Marxismo-Leninismo de la Unión Soviética y Alemania. Justamente el tomo I/IV que estamos comentando complementa muy bien los artículos sobre España que habían aparecido en el I/13. Los extractos ponen de manifiesto que Marx no escribía los artículos basándose simplemente en la prensa (de la prensa diaria apenas hizo extractos), sino que se documentaba minuciosamente. El mismo Marx escribe a Engels el 3 de mayo de 1854 que la investigación sobre España ha pasado de “ocupación secundaria” a ser “mi estudio principal”. En los meses de julio a octubre de 1854 extractó obras de Marliani (**Historia política de la España moderna**, Barcelona, 1849), de Blanco-White (**Letters from Spain**, London, 1822), de Jovellanos (“Informe de la Sociedad Económica de Madrid”, **Obras**, Barcelona, 1839-1840), de Miñano (**Révolution d’Espagne**, Paris, 1836), de San Miguel (**De la guerra civil de España**, Madrid, 1836) y **Memoria sucinta de lo acaecido en la columna móvil de las tropas nacionales al mando del Comandante General de la primera división D. R. del Riego**, Madrid, 1820), de Southey (**History of the Peninsular War**, 3 vols., London, 1823-1832), de Toreno (**Historia del levantamiento, guerra y revolución de España**, 5 vols., Madrid, 1835-1837), y otras, hasta treinta y siete títulos. Por supuesto, Marx leyó y extractó muchísimos más libros relativos a España, pero estamos hablando aquí del periodo mencionado de 1854. Y, por cierto, los que creen que Marx sólo veía el mundo a través de un prisma económico descubrirán en los escritos sobre España un documentado análisis histórico-político, no prioritariamente económico.

En definitiva, contamos, gracias a este tomo de extractos, con una magnífica documentación para ver cómo trabajaba y de dónde extraía su información Marx. Conviene notar que no leía sólo autores de una línea política, sino que los extractos nos muestran que leía obras de las más contrapuestas tendencias y de diver-

sas lenguas, aunque con peso especial del inglés, cosa lógica hallándose él en Londres.

Cada volumen de la nueva **MEGA** va acompañado de otro de aparato crítico. Si uno está acostumbrado a encontrar ediciones de autores alemanes bien hechas, con documentación, numeración de líneas en cada página, bibliografía, notas aclaratorias, índices y toda clase de herramientas que ayuden al investigador de la obra, la **MEGA** es sin duda un caso ejemplar. Yo desde luego no conozco nada comparable. Es sencillamente una edición asombrosa, por el minucioso trabajo que encierra, trabajo que supone para cada volumen la dedicación de un equipo de investigadores durante años.

Pedro Ribas

(Universidad Autónoma de Madrid)

*A propósito de Horacio Tarcus (dir.), **Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda”. 1870-1976**, Buenos Aires, Emecé, 2007, 736 pp.*

En el **Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina**, obra lanzada recientemente por la editorial Emecé, su director Horacio Tarcus, prácticamente ha realizado su propia reseña en la “Introducción” y, nuevamente, en la entrevista concedida a María Moreno y publicada en el suplemento “Radar” de **Página/12**. Tarcus legitima, esclarece y hasta cuestiona su obra de manera tal que el lector se encuentra con respuestas a cuestiones tales como el concepto de “izquierda”, los criterios de inclusión y exclusión y la utilidad y relevancia de este género de acopio de informaciones subjetivas. Con respecto a este último tópico, no hay duda que el autor tiene razón cuando enfatiza que la obra viene a llenar un vacío historiográfico argentino. En los diccionarios existentes (Cutolo, Newton, Sosa de Newton y Petriella-Sosa/ Miatello) predominan, ampliamente, los representantes de la élite. Aún en el trabajo de Diego Abad de Santillán, que Tarcus califica de “excepción notable”, la inclusión de las izquierdas es aleatoria y sesgada.

Con referencia a aquellos que pueden ser considerados de izquierda, el equipo de investigación acertó plenamente al adoptar un criterio amplio de inclusión para definir quiénes lo habían sido, al menos durante un período significativo de sus vidas. Claro que esta amplitud se realiza a costo del radicalismo de los proyectos de las izquierdas. En términos generales, debe existir alguna relación con el socialismo, o sea, con un proyecto de cambio estructural de la sociedad. Pero me parece que unas veces ese socialismo tiene contenidos muy concretos (la inversión de la relación explotador-explotado; el cambio del modo de producción capitalista por el socialista; el peronismo como etapa de transición al socialismo) y en otras ocasiones parece representar sólo la lucha por una sociedad más justa, igualitaria o libre. Es como si los autores del **Diccionario** hubiesen determinado: “los que se consideraban de izquierda y lucharon por algún proyecto de cambio tienen el derecho de entrar en nuestra obra”. Insisto en que esta estrategia, por más cuestionada que pueda ser, es la única que puede llegar a superar el sectarismo tradicional de las izquierdas no reformistas.

Existe una creencia generalizada que, de joven, corresponde tener el corazón a la izquierda lo que, ya de grande, constituiría un certificado de inmadurez. Si vamos a la historia de los antiguos hay un trasvasamiento generacional de la izquierda al centro o, inclusive, a la derecha. Conocidos son los casos del médico anarquista Juan E. Carulla que recaló en el fascismo en la década del 30 y otro tanto aconteció con el socialista Leopoldo Lugones. Pero, antes de 1945, estos ejemplos son escasos. Con respecto a los montoneros, ellos vinieron tanto de la derecha como de la izquierda y algunos, como Rodolfo Galimberti, dieron una vuelta de campana de la derecha a la izquierda y, nuevamente, a la derecha. Es decir, que una minoría de estas biografías también podrían estar en un Diccionario de las derechas argentinas.

El **Diccionario** también nos muestra algunos itinerarios de una izquierda a otra. Entre esas posibles trayectorias me interesa, en especial, la del anarquismo al comunismo. Contrariamente a lo que aconteció en Brasil, por ejemplo, esto en la Argentina de la década del 20 no fue muy común.

Sólo en la década de 30 figuras libertarias como Elías Castelnuovo, Marcos Kaner, Micca Feldman, Horacio Badaracco y Domingo Varone se acercan al Partido Comunista Argentino o a sus organizaciones gremiales. Este ejemplo ilustra la posibilidad de utilizar este **Diccionario** para fines de estudios prosopográficos de sectores de la izquierda.

Adoptar un criterio tan inclusivo para definir a la izquierda argentina hace que en esta obra convivan personas que, en vida, se odiaban cordialmente: socialistas y anarquistas; socialistas y comunistas; marxistas y peronistas... Ni los anarquistas de principios del siglo XX, ni los comunistas, a partir de la tercera década de ese siglo, considerarían a Juan B. Justo, los hermanos Dickmann, Antonio de Tomaso o Nicolás Repetto como de "izquierda". En épocas más recientes, sucede algo semejante con la "nueva izquierda" peronista. El viejo libertario Jacobo Maguid no consideraba a Carlos, su sobrino montonero, como parte de la constelación de la izquierda. Él y otros anarquistas (y esto no habla muy bien de ellos) odiaban más a los peronistas que a los militares. El **Diccionario** nuevamente los juntó: primero el sobrino, luego el tío, a causa de la tiranía del alfabeto.

Todos nos podemos imaginar lo difícil que habrá sido para los autores trazar el límite entre los que reunían las condiciones básicas para entrar a la obra y los que no. Por ejemplo, Errico Malatesta sí, Ernesto Guevara, no; Rodolfo Galimberti sí, Arturo Jauretche, no; Osvaldo Pugliese sí, Atahualpa Yupanqui, no; Elías Castelnuovo sí, Roberto Arlt, no; Alvaro Yunque sí y su hermano Juan Guijarro, no. Si uno de los criterios de inclusión era haber dedicado una parte significativa de su vida a la militancia social, Galimberti tenía que figurar, a pesar de su actuación cuestionable antes y después de su etapa montonera. Al contrario, Tarcus tiene razón al proscribir a Jauretche, dado que este autor hizo gala de su anti-izquierdismo y se ufanaba de no haber leído nunca a Marx. Si entre los viejos anarquistas y los nuevos montoneros podemos detectar elementos "clásistas", Jauretche endiosa, explícitamente, la categoría "pueblo" y desprecia a toda la izquierda. Con referencia a Yupanqui, podría haber sido incluido aunque sólo fuera

para que Álvaro Yunque no quedara sólo en la letra Y.

Podemos concluir que, en general, las vertientes ideológicas, políticas y sociales están bien balanceadas, aunque con una notable salvedad: la de la corriente artística. ¿No merecían un lugar Roberto Arlt, Julio Cortázar, Atahualpa Yupanqui, Eduardo Falú y Jorge Cafrune? Tal vez el peso recayó en la influencia de las ideas de la izquierda y menos en el mundo de las experiencias y representaciones. Por ejemplo, el mundo del folklore argentino, a pesar de reflejar una cultura pasatista, albergaba a muchos artistas de izquierda desde los payadores anarquistas de comienzos del siglo XX hasta los folklóricos comunistas de los 60 y 70.

Otro criterio de inclusión consiste en haber tenido una actuación destacada en la Argentina, independientemente de haber nacido aquí. El caso más notable de ausencia es el del mayor ícono de la izquierda argentina (sólo Evita le podría disputar su capacidad de apelación al imaginario popular): estoy hablando de Ernesto Guevara. Tarcus ya se ataja en la Introducción: el "Che" no fue incluido porque la mayor parte de su actuación política transcurrió en Cuba y Bolivia. También intenta morigerar la crítica argumentando que las entradas correspondientes a toda una corriente de "guevaristas" argentinos hace que el "Che" esté, indirectamente, presente en la obra... Sin embargo, la tenaz influencia de Guevara sobre las generaciones juveniles demandaría su presencia en la obra. Por otra parte, la historia de la izquierda argentina no constituye una isla en el mar de América Latina.

La otra figura símbolo de la historia social argentina es, sin duda Eva Duarte, por lo que significó para los trabajadores peronistas y, más aún, por la fuerza de apelación al imaginario colectivo del pueblo. Además, su condición de mujer luchadora y su extracción social humilde, la harían acreedora a un sitio en el **Diccionario**. Sin embargo entiendo que en algún lugar hay que trazar un límite: el populismo nunca fue de izquierda sino una variante de acumulación capitalista con, eso sí, alguna inclusión al sistema de economía política de los trabajadores, aunque más como clientela política y consumidores que

como clase social con intereses propios. En la teoría y en sus prácticas los populismos latinoamericanos fueron antagónicos a las izquierdas.

Un criterio de inclusión que los diccionarios suelen adoptar es el que sus biografiados hayan fallecido. Creo que para las viejas generaciones de pre-marxistas, socialistas, anarquistas, comunistas y sindicalistas esto no constituyó un problema. De hecho todos fallecieron, los últimos (como Liborio Justo, José Grunfeld y América Scarfó) tuvieron la amabilidad de morir antes que Tarcus terminara su **Diccionario**. Pero donde sí se origina un problema de representatividad y de lagunas para una posible historia social, es en la generación de la denominada "nueva izquierda". Los dirigentes de esta generación, nacida entre la década del 30 y el 60, fueron, en su mayoría, exterminados durante la dictadura militar, pero hay sobrevivientes. Ahora bien, el hecho de que los miembros de esta castigada generación estén o no presentes en el **Diccionario** depende del dato aleatorio de su muerte. Así, Quieto, Galimberti, Santucho y Gorrarán Merlo están; pero Firmenich, los hermanos Vaca Narvaja y Roberto Perúa no. Tal vez el problema no es solucionable (¿cómo reaccionarían los sobrevivientes a la publicación de sus biografías?); pero no deja de producir una laguna para la persona interesada en hacer una historia social individualizada de la militancia montonera o del ERP/PRT de la década del 70.

Un elemento que me llamó poderosamente la atención es que, muchas veces, estamos en presencia de lo "excepcional/normal". Frecuentemente estos emergentes de una historia social del pasado presentan tendencias a la extravagancia o el pintoresquismo (pensemos en Severino Di Giovanni, Liborio Justo, el camarada J. Posadas, José Vidal Mata o en José Joe Baxter, que pasó de Tacuara al PRT). Ahora bien, en estos casos resulta difícil no mencionar algunas anécdotas que pueden terminar en comentarios condescendientes o risueños y hasta en burlas crueles. El equipo optó aquí por el máximo respeto hacia sus personajes, actitud, que hace que la obra pierda algo en colorido, pero que gane mucho en presentar las biografías como historias de militantes. En este sentido, el **Diccionario** evita el "efecto

Pigna”, es decir, el énfasis en la anécdota fragmentada, ocultadora de la nueva regresión al positivismo y el maniqueísmo. El respeto por todos los personajes involucrados (aun por los Repettos, Codovillas y Galimbertis) y el no enjuiciamiento de los mismos forma parte constitutiva de la obra.

Ya destacó el notable equilibrio entre las diferentes vertientes sociales representadas. Seguramente a algunos de la izquierda ortodoxa les gustaría excluir sectores enteros, otros remplazarían unos 50 o 100 integrantes. Las mujeres, como siempre, están sub-representadas y los estudios de género deberán esmerarse en sacar a la luz a las invisibilizadas por la historia masculinizada. Da la impresión que los autores se esforzaron bastante para poder reunir 42 nombres (es decir, alrededor de 8,4% del total), pero aun así su presencia es insuficiente.

Un acierto de esta obra consiste en no dejarse guiar demasiado por la empatía. Ya mencionamos el caso patético de Galimberti; otro caso, mencionado expresamente por Tarcus en la entrevista a “Radar”, es el de Victorio Codovilla. La actuación de este discípulo de Stalin estuvo enmarcada en la delincuencia política especialmente en el período de la Guerra Civil Española. Pero aquí debemos destacar que “izquierda” no es sinónimo de ética y el propio fracaso del socialismo real es testimonio fiel de lo que estamos afirmando. Por eso que inclusive figuras nefastas como Victorio Codovilla y Rodolfo Galimberti tenían que estar en la obra.

Llegados hasta este punto podemos preguntarnos para qué sirve este **Diccionario**. ¿Será para que la izquierda nostálgica se solace con sus héroes de antaño? ¿Cómo testamento o epitafio de las izquierdas cuya última manifestación fue la confrontación guerrillera setentista? ¿Cómo neurosis clasificatoria de “todos los nombres” realizada por albaceas asépticamente cobijados en sus torres de marfil? ¿O constituye sólo un balance del pasado, una forma de exorcizar el pasado utópico antes de abocarse a la cruda realidad del presente?

El director de la obra define al **Diccionario** como una “herramienta científica” y un “lugar de la memoria”. Él mismo (Tarcus)

se considera como una bisagra capaz de unir la ortodoxia del pasado con el posmodernismo del futuro. Como él mismo lo intuye, para unos será un nostálgico de la izquierda, heroica sin duda, pero perimida; y para otros un posmoderno fragmentado que perdió de vista la construcción de una sociedad socialista y por eso cataloga a todos los nombres por orden alfabético, matándolos nuevamente. Vayamos por partes.

Considero que el **Diccionario** no es una yuxtaposición de biografías aleatorias, pero tampoco una historia social de la izquierda argentina. Su realidad se encuentra en algún punto intermedio, y su virtualidad consiste en que el lector interesado puede utilizar esta obra para entender la historia social argentina del siglo XX. Considero que dependerá de la capacidad de recepción del lector, el que esta obra se convierta o no en una historia social o en un vínculo del pasado con el presente.

Constituye, sin duda, un lugar de la memoria, la irrupción de muchos (no todos) los militantes que en el pasado lucharon (en sus propios términos, diría Thompson) por un mundo mejor. Es también la “encarnación” subjetiva de la historia social, demasiado tiempo presa en la historia objetiva de estructuras o, peor aun, en las trampas ideológicas y hagiográficas de las vertientes (todas las vertientes) de la izquierda regional. No resulta lo mismo acercarse a la militancia del pasado mediante este **Diccionario**, que a través de las obras de Abad de Santillán, Jacinto Oddone, Sebastián Marotta, Rubens Iscaro o el **Esbozo de la Historia del Partido Comunista** (que Enrique Israel, secretario de Codovilla, me aseguró haber escrito personalmente). En este caso, la subjetividad de estas historias no es su debilidad, sino su fortaleza; revela las experiencias vividas por hombres y mujeres de carne y hueso y no sólo la historia oficial del partido o la secta.

Evidentemente, el “cementerio de la izquierda” no representa un proyecto socialista concreto para el futuro. Considero que sólo aporta una serie de elementos del pasado a tener en cuenta: no es ni un archivo, ni un epitafio ni un modelo o camisa de fuerza. Parafraseando a Thompson, entrar a disputar la hegemonía polí-

tica y social al neoliberalismo actual con modelos de izquierda del pasado, sería participar de una carrera con botines de plomo. Por lo demás, en América Latina existen algunos ejemplos de proyectos sociales contra-hegemónicos que, si bien no deben magnificarse, permiten alentar moderadas esperanzas. Ahora bien, la construcción de sociedades nuevas no depende sólo de proyectos o modelos nuevos, sino también de sujetos sociales emergentes con la voluntad de realizarlos, como los que han surgido entre los chiapanecas, el campo brasileño y la sociedad boliviana. En este sentido, la definición de “bisagra” para este **Diccionario** está bien. Se trata de un canal de comunicación entre la memoria personalizada de un pasado remoto y no tan remoto, y un porvenir socialista incierto pero no imposible.

Andreas L. Doeswijk
(Universidad Nacional del Comahue)

A propósito de Marina Franco y Florencia Levín (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007, 352 pp.

Este libro es concebido por sus compiladoras como una obra colectiva, como “un todo integrado” que, basado en los aportes de diversos científicos sociales, logre aportar a la constitución de la “Historia Reciente” como un campo de estudio específico y legítimo. Este es el principal objetivo del libro y se deriva, para Franco y Levín, de las demandas y exigencias provenientes de la sociedad misma que reclama entender qué paso durante la última dictadura militar argentina, por qué y cómo fue posible, que reclama justicia, que espera la elaboración de claves para evitar repeticiones. Dar respuestas a estas exigencias sociales es, asimismo, el principal desafío que la Historia Reciente debe asumir en pos de su legitimación ya que involucra aspectos directamente relacionados con la profesión del historiador pero también cuestiones éticas y políticas que le son insoslayables.

A fin de contribuir al objetivo principal de esta obra, las compiladoras consideran necesario afrontar otro desafío, el de superar la visión de la historia como ha-